

LA NOVELA FILM

N.º 10

30 cts.



POR LA PUERTA DE SERVICIO



La Novela Film



Imp. Vda. de J. Sanjuan Vila
URGEN. 7. - BARCELONA

GREEN, Alfred E. I. PICKFORD, Jack

LA NOVELA FILM

Redacción / Lauria, n.º 96
Administración / BARCELONA

Año I

N.º 10

Por la puerta de servicio

(THROUGH THE BACK DOOR, 1921)

CREACIÓN DE

MARY PICKFORD

LA MUÑECA DEL MUNDO

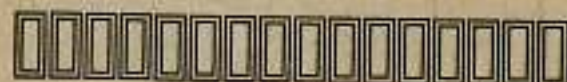
MIS ADOLPHE MENJOU, JOHN HARRON



LOS ARTISTAS ASOCIADOS

Rambla de Cataluña, 58
BARCELONA

Prohibida la
reproducción



POR LA PUERTA DE SERVICIO

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

La acción de esta obra se desarrolla en el año 1903.

En Ostende, la aristocrática playa sobre la costa belga, punto de reunión en el verano de los elegantes, se encontraban: Luisa Bodamere viuda con una hijita de pocos años, demasiado joven para ser madre, demasiado rica para ser dichosa y demasiado linda para continuar siendo viuda; y Elton Reeves, comerciante con fortuna, adolorador constante de Luisa.

Los galanteos de Elton fueron tan asiduos y tales, que Luisa estaba conforme en tomarle por esposo.

Juana se llamaba la hijita de Luisa; un en-

canto de criatura, envidiada injustamente por muchas otras niñas y hasta por mayores, por su riqueza, porque todos ignoraban que no tenía lo que más falta les hace a los tiernos seres: una verdadera madre.

María Gastón, una buena y antigua criada, conocedora a fondo del secreto de distraer y amenizar la vida de los pequeños, venía a ser para Juana una substituta carísimísima de sus padres.

Como las cosas habían seguido hasta entonces un curso incierto, la joven viuda y su galán estaban al fin completamente de acuerdo en casarse sin más dilación.

—Es lo mejor, Luisa... casarnos... Esperar más tiempo, sería inútil.

—Sí, Elton: acepto tu deseo... que también es el mío. Pero...

—No vaciles: nadie se interpondrá entre nosotros, mi amor...

La niña, escapándosele a María, rodeaba con sus bracitos el cuello de su madre, y ésta miró a Elton a la par que correspondía efusivamente a las caricias de Juanita.

María, que comprendía que la criatura había interrumpido a los enamorados, discretamente la separó de ellos.

Al volver a quedar solos, Luisa, pensando en su hija, murmuraba:

—La quiero tanto... tanto...—Y, decidida

a Elton:—Dime, ¿la querrás tú también mucho?

—¿Quién lo duda, Luisa! Sin embargo, habiéndote con franqueza, te digo que ya estoy algo celoso de ella.

—¿Qué ocurrencia! ¿Sé razonable! Yo...

—Ya sé lo que me vas a decir... ¿Que es tu hija!... Y es cierto que lo es... *pero sólo tuya.*

—¿Y eso qué tiene que ver, Elton? Antes nombraste a la franqueza y ahora te contradices... ¿Has pretendido acaso informarme de que mi niña puede ser un inconveniente para nuestro matrimonio?... Si acierto, no puedo explicarme tu brusco cambio hacia ella. ¿Es que...

—No supongas en vano. Yo amo a Juanita, y seré para tu hija un padre complaciente como el que más...

No obstante, es necesario que hablemos un poco de nosotros... de nuestra luna de miel... de nuestros viajes a través del mundo... de lo que nos afecta única y exclusivamente... ¿Me entiendes?

—Creo entenderte... pero, ¿y la niña?

—Juanita no puede seguirnos a todas partes... y María podrá encargarse de ella hasta que...

—¿Exiges, entonces, la separación?

—¿Quién dijo tal cosa! Propongo, convencido de que es lógico y de que tú lo aceptarás,

que la niña se quede al cuidado de María durante nuestra ausencia.

—Eso será muy doloroso para mí... mas reconozco que tal vez tengas razón... La niña será bien atendida por María, es indiscutible...

—No le faltará nada...

—Desde luego.

—Y nosotros, en egoísmo natural, gozaremos mejor de nuestra dicha sin par. ¡Oh! ¡Cómo anhelo amarte, Luisa!...

A ésta siguieron otras conversaciones transcendentales y tras ella el proyecto fué realizado. Luisa y Elton eran ya marido y mujer.

El mismo día de la ceremonia, se prepararon para marcharse a anidar lejos sus descos...

María—que lo había estado pensando mucho—no encontraba—en su casamiento—una justificación bastante del proceder que Luisa ponía en práctica abandonando a su hija por un tiempo exagerado.

Exageradísima era, en verdad, la ausencia anunciada: menos larga, según Luisa; de clásica duración a juzgar por las palabras de Elton.

El momento de la despedida fué muy sentido por parte de Luisa, que no reunía, en aquel instante sentimental, ni la cuarta parte de las energías con las que tanto contaba antes.

Elton, impasible, se contentó con hacer al-

gunas recomendaciones a María, despidiéndose de ella así:

—¡No descuide el inglés de Juana! Y mientras nosotros regresamos, siempre más tarde de lo que la señora imagina, hágala dichosa.

—Vayan tranquilos los señores, que ya saben cuánto yo quiero a la niña.

A Luisa se le saltaron algunas lágrimas, y Elton, para acabar con aquella escena, la empujó delante de sí... desapareciendo detrás de una puerta.

Juanita se puso a llorar y pretendía, golpeando con sus manecitas en ella, abrir la puerta, y gritaba:

—¡Mamá! ¡Mamá!— Luego preguntó a María:—¿Se ha ido mamá?

—¡Pobrecilla mía! No llores! No te quedas sola!

Cinco años más tarde.

Juanita era una linda campesina en la modesta granja de María Gastón, en Bélgica, a la cual ella llamaba: "Mamá María".

La criada se había casado y no se sabía quién de los dos, ella o su marido, quería más a la pollita.

Juanita era muy traviesa, como todas las mocitas de su edad, pero sabía esquivar la responsabilidad de sus hazañas con una amabilidad de mujer avisada.

Así, por ejemplo, una vez que se llevó de su casa un pescado para jugar a pescarlo en un arroyuelo, la granjera quería matar al gato atribuyéndole el hurto... y la culpable, aunque le pesara que se condenara a un inocente, se decidió a *ahogar* para siempre al pez en cual-



quier parte antes que devolvérselo a María... porque de haberlo hecho habría habido tempestad.

Afortunadamente, María había recibido una carta, precisamente el día en que le fué hurtado el pez, y olvidó pronto su enfado; pues mayor

era el interés que tenía aquel escrito que el caso de la desaparición del aludido acuático.

En efecto transcendental era la carta, la que le era dirigida por Luisa. ¡Le reclamaba la niña!

Para María eso fué un golpe que le hacía



mucho daño, y su egoísmo de mujer abnegada se resentía extraordinariamente.

—¿Qué tienes, qué te pasa, por qué estás tan nerviosa?—le preguntó su marido.

—No es para menos, Genaro... ¡Esta carta es de la madre de nuestra Juanita!

—¿Y qué es lo que quiere? ¿Acaso llevársela?

—Sí. Dice que vendrá mañana a buscarla... No, no... esto no puede ser.

—Muy dolorosa va a sernos la separación después de haberla tenido tanto tiempo con nosotros.

—Yo sólo sé que no podría vivir sin Juanita... y yo haré por que su madre, que no la ha querido durante cinco largos años—el mejor periodo de la infancia de la niña,—no se la lleve consigo, para recoger bonitamente el hermoso fruto que yo he sembrado. ¿Por qué, por qué—me pregunto yo—no vino antes a buscar a Juanita? Poco afecto, he lo aquí todo... De modo que... ya veremos lo que haré.

—Reconoce, aunque ello te pese, que no puedes hacer nada contra el deseo de doña Luisa... que ella es su madre.

—Esa que yo... yo... lo entiendes... también soy algo como su madre... tal vez aún más que ella... porque desde que nació conoce mis caricias y mi protección.

—Todo lo que tú quieras, María, pero no olvides que no es posible admitir el criterio de cada mortal, porque todos le tenemos distinto. El tuyo, pongamos por caso, es... es... mira, no debes inmiscuirte en la vida de doña Luisa... ni permitirle el menor reproche por su olvido de Juanita.

Es indudable que vendrá mañana, te digo,

nos agradecerá la educación dada a la niña, los buenos tratos que de nosotros ha recibido, y en pago de todo ello te entregará unos cuantos sonrientes billetes.



—Si eso luciera, te aseguro que no le miraba más la cara. Yo he criado a la niña sin otro interés que el de mi propia satisfacción. Y... ya verás tú lo que haré.

—¿Qué?

—Déjame a mí... Como ella no te conoce, no te presentes siquiera cuando venga...

—Pero...

—No hay *pero* que valga... Supongo que estamos de acuerdo—asentó. Luego, viendo a la niña, la llamó —¡Juanita, ven!

—¿Qué desca, mamá María?—se apresuró a contestarle, presentándose ante ella la requecida.

—Mañana pasarás el día en casa de los Vanderbrocken. Procura no descontentar a Carlota, cuyo genio ya conoces.

—Bien, mamá María; pero yo no soy quien la hace enfadar: son sus reumatismos.

—Sea lo que sea, tú procura ser formalita, ¿entendido?

—Sí, mamá María.

Al día siguiente.

María tenía bien trazado su plan para quedarse con Juanita negándose a doña Luisa.

Para que ésta no pudiese ver casualmente a la niña, la hizo partir, de mañana, hacia la casa de los Vanderbrocken, conforme fué convenido la víspera.

Juanita engañó su precioso perro a un carrito, y en él, como en un *tandó*, se alejó tranquila y confiada.

Genaro, inquieto por la idea que quedía llevar a cabo su mujer, le preguntó:

—¿Dónde envías a Juana? ¿Qué te propones? ¿Qué va a decir su madre, cuando llegue de París, si no encuentra aquí a su hija?

—Ya te dije ayer, Genaro, que me dejes a



mí... que no te metas en este asunto... Hazme el favor, pues, de ver y callar. Luego, ya hablaremos los dos.

Un poco más tarde, Juanita estaba ya en la casa donde la enviara mamá María, que era una de esas típicas viviendas belgas de excepcional limpieza.

Precisamente por este motivo se vio, a poco de haber llegado ella, la planta de sus pies marcada en el suelo, pues, buscando un lugar fresco, se llenó los bajos de barro.

La señora Carlota reprendió a la atolondrada, diciéndole:

—Lava este suelo. Y déjalo exactamente igual que lo encontraste.

Juanita iba a replicar que ella no era una criada para enjalar las losas y pasarles luego la bayeta, pero la señora Carlota tenía genio... y era poco agradable cuando le daba por enfadarse.

Entretanto, en la granja de María, llegaba doña Luisa Bodamere, que fué recibida por su ex criada.

—¿Cómo va, mi buena María?

—Ya lo puede ver la señora. ¿Y ustedes?

—Nosotros muy bien. ¡Oh, cuánto viaje! Mi esposo quiso que, al regresar a nuestro hogar, viviéramos en él los dos solitos unos años. Cinco llevo sin ver a mi hijita... y ya no he podido aguantar más. ¿Dónde está Juanita? Le traigo vestidos nuevos para que se los ponga, porque quiero que esté elegantita para llevarla conmigo a América.

—Yo, señora, debo decir a usted que...

—Me asusta tu vacilación y tu rostro. ¿Qué ocurre?

—Prepárese la señora... ya que no sabe...

—¡Acaba pronto, te lo suplico!

—¡Juana, doña Luisa, la pobrecita, ha muerto!

—¿Cómo, muerta!... Muerta, dijiste? ¿Virgen Santa, por qué ha muerto antes de que yo reparase el olvido en que la dejé?... Pero, ¿cómo fué, María... por qué no me avisaste cuando ocurrió la desgracia?

—¡Murió hace ocho días solamente! Ya se lo comuniqué a usted por carta, señora.

—Yo no sabía nada... No recibí tu carta, María. ¡Ah! ¡Fui culpable, sí, pero no merecía este castigo! ¿Qué pena, Señor, qué pena llena mi pobre corazón! ¡Yo no hubiera debido jamás abandonar a mi adorada Juanita!

Grande es el dolor que experimentamos en esta casa desde el día aciago... y muchas lágrimas me cuesta la tragedia... pero es preciso resignarse, doña Luisa...

—Sí, María, resignarse... si uno puede hacerlo... Dime: ¿dónde está su tumba?

—¡Peció en el río!... ¡No fué posible dar con su cuerpo!

—¡Qué horror!

Genaro, oculto en el interior de la granja, se pasmaba ante la sangre fría de su mujer y le reprochaba para sí su conducta, que era infame.

Luisa y María siguieron hablando... Algunas lamentaciones y lágrimas más fueron vertidas

por ellas, hasta que, finalmente, abrumada de congoja, partió Luisa hacia París, donde la esperaba su esposo.

Ajena a cuanto ocurría durante su ausencia, Juanita había lavado el suelo a su manera—que era una especialidad para ensuciarlo aún más—y regresó por la tarde a la granja a través de varias peripecias. Una de ellas, el vuelco y correspondientes desperfectos del carrito arrastrado por el perro.

La Providencia se apiadó de ella y le permitió volver a su casa a caballo, consiguiendo tal cosa después de prometer al cuadrúpedo que le dejaría acostarse en un plantío de zanahorias.

A consecuencia de la muerte de su hija, Luisa y Elton vieron enfriarse su amor...

* * *

Otros cinco años más tarde.

El mundo fué sacudido por el furor de la muerte. Los campos se ensangrentaban y la brisa no era más que un soplo de barbarie... ¡Era la guerra monstrosa!

Y vino la invasión de la heroica Bélgica.

A pesar del horror de la separación, María se decidió a enviar a Juana—que era a la sazón una deliciosa campesina—a América con su madre, para preservarla de peligros.

Juanita sentía en su alma el tener que abandonar el nido de su juventud, siempre sonriente, e impuso a mamá María una condición, la siguiente:

—Prométeme que vendrás cuanto antes a reunirme conmigo. De lo contrario, me quedo contigo.



—¡Sí!—le respondió mamá María.—Iré a tu lado cuando la situación de nuestro pobre país se aclare... He aquí mi confesión sincera, hecha ante el padre Lison. Ella revelará a tu madre quién eres tú. Y tu madre te creará bajo la fe de un ministro de la Iglesia que ha certificado tu identidad. ¡Adiós, hija mía!

—¡Adiós, mamá María!—sollozó Juanita.

Y la gentil campesina, mustia de pesar, se agregó a la triste caravana de fugitivos que surcaba los caminos que conducían a la salvación de la furia del invasor, que al compás del cañón anunciaba su próxima entrada en la localidad.

Horas sombrías y de angustia vivieron los amedrentados pueblerinos en su precipitada huida de sus hogares. Noche terrible fué aquella para todos!

Al clarear el nuevo día Juanita vió a dos hermanitos—varón y hembra—llorando, y se acercó a consolarlos.

—¿Por qué ese llanto, nenes bonitos?

—Mamá se durmió ayer tarde al borde del camino y esta mañana no hemos podido despertarla.

Juanita comprobó que la que dió el ser a los dos infantes había muerto de espanto pensando en el daño que podía hacerles a sus hijos la guerra.

¡Ese cuadro brutal era uno de los millares esparcidos por todas partes!

Juanita encontró un escrito junto al cadáver de la infortunada madre, y en él leyó lo que sigue:

"¡Me voy a morir! ¡Que alguna persona en el mundo se apiade y cuide de mis hijos!"

Dotada de muy nobles sentimientos, Juana

se hizo cargo de los niños y se transformó en mamá circunstancial.

Y juntos embarcaron en un vapor con rumbo a América.

Cerca de las costas del país del oro, donde los miserables anhelan un refugio y donde a Juana la esperaba un nuevo hogar, la primorosa campesina evocaba a su madre y se la imaginaba amante y generosa para todos; llena de bondades, en fin, adorable, como es una madre.

Pocas horas después, Juana y sus "hijos" llegaban a la morada de sus padres.

Unos jardineros recortaban unas plantas, y a ellos, tímidamente, se dirigió Juana para preguntarles:

—¿Dónde puedo ver yo a mi... a la... señora Reeves?

Los dos interpelados miraron de arriba a abajo a los "regios visitantes" y, con indiferencia, señalaron a Juana a su madre, quien precisamente en aquel momento subía, en el parque, en su auto.

Juana y los niños echaron a correr por el jardín hasta alcanzar el auto en cuestión y ella, mirando cariñosamente, a la par que escrutadora, a su madre, le dijo:

—Señora... señora Reeves!

Luisa se volvió, y al ver a la que pronunciaba su nombre, a los dos pequeños, y el rostro más hambriento que otra cosa de los tres, se figuró

que eran huérfanos de la guerra que le imploraban socorro, y dió órdenes al mayordomo, que la despedía al pie del coche:

—Crawford... encárguese de que se dé de comer a esos niños.

Luisa, a continuación de esto, partió en su auto, y el criado se disponía a obedecerla.

Juana y los niños iban a subir unas escaleras para entrar en la preciosa quinta, pero, con sorpresa oyó Juana la voz del mayordomo:

—Por ahí, no!... *Por la puerta de servicio.*

Introducida, con los niños, a la cocina, Juana fué objeto de la malsana curiosidad de toda la servidumbre—que se rió descaradamente de ella—excepto del cocinero, que era un buen hombre, el cual salió en su defensa, obligando a todos, sin contemplación alguna, a desalojar sus dominios culinarios.

Enterado de que Juana procedía de Bélgica, el cocinero tuvo un alegrón, pues él era un belga, entusiasta de la bravura de sus compatriotas.

La comparación de mamá María con su verdadera madre, fué desagradable para Juana... Visiones evaporadas, esperanzas marchitas, planes fracasados. Juana pensaba que, viviendo en un ambiente muy distinto del de su madre, había crecido para ser la hija de María Gastón, la mujer humilde que la había educado.

Al sentirse protegida por el cocinero, Juana se recobró un poco.

—Quisiera hablar a la señora Reeves—le dijo ella.

—Imposible, muchacha, pues sólo recibe a las damas de alto topete. Pero yo puedo darte colocación en la casa.



—¿Y, entonces, mis hijos?

—Hay un arreglo escondiéndolos en el granero que se halla encima del garage; desde luego, sin que se entere el intendente.

—En estas condiciones, acepto con mil amores,—contestó Juana pensando en que estando

en la casa, podría acercarse a su madre y darse a conocer por la confesión de mamá María, al mismo tiempo que le sería posible sondear el modo de vivir de la primera para convencerse



de si le convenía o no a cambio de la tranquila existencia que gozaba en la granja de la segunda.

Como criada — pues gracias al cocinero obtuvo este empleo — Juana trató de aprovechar

la primera ocasión, sin resultado varias veces, porque su propia madre y las doncellas la intimidaban.

Cierta vez que Juana ^{***} salió de la quinta de su madre para correr detrás de sus "hijos", que le resultaban traviesos, se cayó al suelo, sobre



hierba, por haber tropezado. Los niños, que se habían ocultado, no salieron de su escondite, pues uno de los finques que paseaban cerca de donde ellos estaban, desmontaba su caballo para preguntar a Juana si se había hecho daño.

El amable joven era un vecino, Guillermo de

nombre, que tenía sobre el amor, las corbatas y las mujeres, las ideas que suelen tenerse en la juventud.

Juana, agradecida a la galantería de Guillermo, le hizo la merced de una sonrisa que le deslumbró...

Desde el primer encuentro de dos corazones libres del afecto de Cupido, la poesía componía bellas estrofas en su honor y provecho.

Y vino el segundo encuentro, interrumpido por la aparición intempestiva de los niños bajo la tutela voluntaria de Juana.

Al verlos, Guillermo preguntó a Juana:

—¿De quién son?

—Míos —respondió ella naturalmente—

—Cómo!... ¿De usted?...

Juana no comprendió la asombrosa exclamación de Guillermo ni se explicó realmente el motivo de su rápida separación.

En efecto, Guillermo huía de la quema...

En la mansión de Elton Reeves y Luisa Bodamere, los invitados eran siempre numerosos y las más variadas fiestas se sucedían unas a otras.

Elton y Luisa no vivían bien, y él sólo procuraba endulzarse su vida cuanto más mejor.

Entre los invitados, había dos hermanitos, Margarita y Jaime Brewsters, que eran muy simpáticos a Elton.

Este, a la zaga de una aventura amorosa, se

había fijado en Margarita, y como ella parecía corresponder a sus galanteos, Elton estaba entusiasmado y no le importaba su esposa.

Luisa, al corriente por ella misma de la conducta de su esposo con la aludida señorita, le objetó cierta vez:

—¿Por qué esa señorita te asecha tan tenazmente? ¿Busca, quizá, tu ayuda para sostener las combinaciones financieras de su hermano?

—O tal vez que encuentre mi compañía agradable.

—¿Te imaginas que una mujer joven puede enamorarse de un maduro cotorrón como tú?

—Déjame en paz!

Juana y Guillermo se volvieron a ver.

—Acepte un pastelito para sus niños.

—Es usted muy amable. ¿Qué contentos se pondrán! ¿Y usted, no lo está?

—¿Por qué me lo pregunta?

—Parece que está preocupado.

—No... preocupado, no... intrigado, tal vez sí... ¿Me será usted franca?

—No miento jamás!

—Disculpe mis palabras... Tengo que consultarle una cuestión muy complicada.

—Hable sin temor.

—Verdaderamente... ¿esos niños son de usted?

—Sí, lo son, porque el destino me los deparó

en un camino junto a su pobre madre muerta.
¡Son huérfanos de la guerra!

—¡Ah, vamos!... ¡Respiro!

Aprovechando una ausencia de su madre, Juana entró en sus habitaciones y le dejó la confesión de mamá María encima del tocador.

Al salir de sus habitaciones, Juana se encontró frente a frente con su madre, a quien dijo:

—Me he permitido entrar allí dentro para dejar algo para usted.

—Lo que has hecho ha sido ponerte mi perfume, que bien lo siento.

—¡Oh, señora! Tal vez se habrá volcado el frasco y yo he debido secarlo con mi ropa.

Disgustada, Juana giró sobre sus talones y desapareció de la presencia de su madre.

Por la noche, Luisa, después de haber hablado con el hermano de Margarita, que le agradeció su hospitalidad y la enteró del proyecto de su hermana de marcharse al Oeste el día siguiente, dijo a ésta, celebrando interiormente su partida:

—Su hermano me ha dicho que usted no puede quedarse el tiempo que pensaba, y que nos abandonará mañana. En tal caso, le desco buen viaje.

Margarita, al oír esto, disimuló su enojo contra su hermano.

Juana se hallaba arreglando la habitación de Margarita, cuando ésta y su hermano aparecieron. Ellos no la vieron, pues estaba en un cuartito-armario. Ya iba a salir de él, pero, como quiera que los dos hermanos se habían puesto a discutir acaloradamente, no se movió;



al contrario, ocultóse detrás de unas maletas.

—¡Calla, calla!... ¡No hables tan fuerte! ¡No estás en lo justo! —replicó Jaime a su hermana.

—¡Eres tú quien no es justo! Estás celoso porque yo me dejo requebrar por ese viejo de Reeves.

—Claro que me desagrada mucho, porque al

fin, aunque no lo digamos, tú eres mi mujer, pero lo que temo más es que vas a hacer que fracase mi jugada.

—¡Yo me burlo del dinero! Cuando yo sea la esposa de Elton Reeves, lo tendré en la abundancia que desee.

—¿No te parecerá enfadoso tener dos maridos?

—¡Que te crees tú eso, listo! Mi intención es dejarte plantado y no prestarme a tus combinaciones.

—¡Conforme! Pero únicamente te dejaré marchar cuando un negocio esté realizado... ¿Me has comprendido?

Y, para mayor seguridad, aquí quedas encerrada durante la noche.

—¡Eres un estúpido!

Jaime, importándole un ardite las apreciaciones de su cara mitad, se marchó con la sonrisa en los labios.

Así, pues, Margarita y Juana pasaron la noche encerradas.

Al día siguiente, Jaime abrió la puerta de la habitación de su hermana, y ésta y Juana, sin verse, desde luego, salieron cada una por su lado y a sus cosas.

Luisa y Elton, que discutieron también, con frases muy duras, la víspera, a consecuencia de lo cual Luisa estaba dispuesta a abandonar su hogar si Margarita no lo abandonaba aquella

mañana misma, hablaban en su salón, a solas.

—¡Estaba harto de verte llorar constantemente! Me has obligado a depositar en otra parte mi afecto. Por tu culpa, he comprometido la reputación de esa joven, y es preciso que repare el mal que se le ha hecho.

—¿Reparar el mal de ella? Y el mío, ¿quién lo repara?

—Para tí, sólo se trata de tu vanidad herida... Para ella, es su honor el que se ha puesto en entredicho.

Juana, que había estado escuchando, intervino:

—¡Los Brewsters no tienen honor! Además, no son hermanos, sino marido y mujer.

—¿Cómo? ¿Qué es lo que has dicho?—exclamó Elton.

—Son casados y no hermanos! ¡Yo lo he oído todo! ¡Y también he oído que lo que pretenden es apoderarse del dinero de usted!

—¿Tú mientes! ¿Quién te ha enviado aquí con semejante patraña? ¿Acaso la señora?

—Elton, guarda tu cólera para mí; te lo ruego!

Elton, furioso, fué en busca de los miserables.

Luisa, herida en lo más hondo, rompió a llorar delante de Juana.

Esa también lloraba y compadecía a su madre, que era buena y no era feliz.

—¡Le suplico, señora, que no lllore más!— le decía.—¡Yo quiero estar aquí para consolarla!... ¿Ha leído usted mi carta?

—¡No!... ¡Déjame!... ¿Quieres?

—¡Señora, es que yo... nosotras, somos... parientes cercanas!

—¡Sal, por favor!... ¡Déjame sola con mi pena!

La única prueba de identidad que le quedaba a Juana era su pasaporte de América, y como lo llevaba encima, lo puso bajo la vista de su madre.

Esta lo leyó. Decía así:

*Consejo superior de
Emigración
de
Bélgica*

"Concedo permiso a Juana Bodamere, menor de edad, para que pueda dirigirse a Ellis Island (Estados Unidos), donde reside su madre, Luisa Bodamere."

*El Consejero general,
J. Boutelier*

Garantizada por María Gastón.

Luisa, asombrada, miró a Juana, que le sonreía, y le tendió los brazos estrechándola contra sí, exclamando, en un transporte de alegría:

—¡Juana! ¡Mi adorada Juana! Pero, ¿eres tú, y me dijeron que habías muerto?

—Sí, mamá, soy su hija!

—¿Por qué no has hablado antes?

—Un día le dejé una carta... la confesión de mamá María, en su tocador.

—No la encontré...

—Además, me daba mucho miedo el que usted pudiera avergonzarse de mí.

—¿De tí? ¿De mi hija? ¡Calla, calla, amor mío!

4 3 4

Por su parte, Elton sorprendía, en la pieza donde había el teléfono de la casa, a los dos esposos en comprometedor plática:

—Toma mi coche para volver a casa—le decía Jaime a su esposa.

—¡No, no quiero! Ya te he dicho que quería divorciarme, y no he abandonado la intención de hacerlo. ¡Créeme!

Elton, convencido de la verdad, irrumpió:

—Usted ganaría más tiempo tomando uno de nuestros coches para marcharse, señora de Jaime Brewster.

Margarita y Jaime disimularon su asombro al verse descubiertos.

—Elton prosiguió:

—No sé por qué quiero hacerme cargo de que ustedes, los vividores, necesitan un poco de disculpa para sus audacias, pero márchense cuanto antes.

Así lo hicieron los burladores burlados.



María, en Bélgica, recibió noticias alegres que fortificaron su espíritu: un telegrama que contenía este texto:

"Mi Juana me ha encontrado, y después de esta inmensa alegría, doy al olvido el pasado. Esperamos verla pronto.

Luisa Bodomere."

Luisa y Juana abandonaron la mansión de Elton, esposo de aquella, y se habían refugiado en un hotel de Nueva York.

Pero Juana, que quería la felicidad de todos, facilitó la reconciliación de sus padres, previa promesa, por parte de su padrastro, de ser un buen marido... y un amante padre de "los hijos" de Juana, a quienes ella no abandonaría nunca.

Luisa aceptó la promesa de su esposo y echaron al olvido sus mutuas rencillas, nacidas de los celos.

Juana, sin que la esperara, tuvo también una grandiosa alegría.

En efecto, la madre de Guillermo, su galanteador, había traído a Nueva York a su hijo y con él visitó a Luisa en el hotel.

—Les presento a Juana, mi hija, que ha pasado muchos años en Bélgica, en una pensión.

—dijo Luisa a sus visitantes.

Lo mismo Juana que Guillermo, creían soñar. Pero era la realidad sonriente y atractiva. Los dos jóvenes se apartaron de los demás y, en un rincón protector, musitaron un dulce coloquio.



—Pero... ¿Guillermo la estado también en Bélgica? preguntó Luisa a la madre de Guillermo.

Y ésta no supo qué contestar.

En cambio, Juana, no se quedaba corta en ello:

—Si... te quiero—respondía a Guillermo—
¿Y tú? Repíttemelo.

—Yo... ¡te adoraría cien vidas, si tantas
tuviera!

—¿Y querrás también a mis hijos?

—¿Como si fueran míos!

—¡Ah, muchachos!—les gritó Elton, que ya
era otro.—Os invitamos a ir a comer y a brindar
por la felicidad del mundo.

—Bravo!—exclamaron los tórtolos. Y Juana
añadió, separándose de Guillermo, transformándose
en encargada del vestuario:—Los señores no
tienen más que ir pasando y cogiendo su abrigo
y sombrero.

Lo único que ella no haría más, ni tampoco
"sus hijos", sería no volver a penetrar en su casa
por la *puerta de servicio* si no fuera por su gusto.

FIN

(Revisado por la censura militar)

PRÓXIMO NÚMERO
LA INTERESANTÍSIMA NOVELA

MURMURACIÓN

Asunto delicado, muy simpático
Creación sin rival de la monialma

Gladys Walton

El capital, el trabajo y el
amor, luchan al unísono y
juntos vencen por una
misma causa: el bienestar

POSTAL-ESCENA
CHARLES RAY

PRECIO: 30 CTS.
PUBLICACIÓN SELECTA



Coleccionar completas y números
sueltos al por mayor y al por menor
de venta, en LA SOCIEDAD GE-
NERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA, S. A.
Barbary, 15-BARCELONA
y en sus Agencias de Provincias
y en todos los kioscos de España



De esta misma película POR LA PUERTA DE SERVICIO

Hay editada una novela larga con el argumento completo, en un tomo ilustrado con preciosas fotografías en hincograbado, de la gentil protagonista Mary Pickford.

Precio del tomo con ilustraciones 2 ptas.

Esta obra forma parte de la colección

LAS GRANDES NOVELAS DE LA PANTALLA

Componen esta colección interesantes novelas llenas de emoción y misterio. Contienen el argumento completo y forman tomo de 120 a 180 páginas, todos ellos ilustrados con fotografías de las películas del mismo nombre.

Obras publicadas

Los dos niños de París	2 ptas.	El milagro	2 ptas.
Barabís	2 "	Judas	2 "
La huérfana	2 "	La nueva milicia de Judas	2 "
El signo del zorro (Douglas Fairbanks)	2 "	La capota irresistible (Constance Talmadge)	2 "
El hombre de las tres caras	2 "	Pocahontas	2 "
Pompeya (Dorothy Gish)	2 "	La amantada	2 "
El capitán Kidd (Cecil De Mille)	2 "	El hijo del pirata	2 "
Polo	2 "	Los peces del amor	2 "
Esposas trévolas	2 "	La Dama del mundo (Mae May)	2 "
La tragedia del correo de Lyon	2 "	El hijo de la parroquia (Ethel Clayton)	1'50 pts.

De venta en las principales librerías y folletos y en la editorial

SOCIEDAD GENERAL DE PUBLICACIONES, S. A.

Ampliación, C/11-JAQUELOUX

Madrid, 11 y 13-MADRID

que le remitirá cuantas novelas desea recibir envío por giro postal o en billetes de correo. Por ejemplo de las novelas nos 225 por precio de envío

NUMEROS PUBLICADOS

N.º	NOVELA	Porta-Escena
1	Los Guapos o Santa brava	El joven Medardus
2	Las dos ríquetas	El Prisionero de Zenda
3	Vanidad Femenina	La Batalla
4	Las cuatro piezas del apocalipsis	Los enemigos de la mujer
5	Las esposas de los hombres ricos	Violotas Imperiales
6	Dering, El Negro	Mary Pickford
7	En poder del enemigo	Thomas Meighan
8	Helioltrape	Bobó Daniels
9	Corazón triunfante	Douglas Mac Lean
10	Por la puerta de servicio	Ethel Clayton

THE END OF THE WORLD

